

COMPROMISO TEMPORAL

GUILLERMO ROVIROSA



Imagen. Vicente Cutanda y Toraya: Una huelga de obreros en Vizcaya

EL COMPROMISO TEMPORAL

(MADRID 1963)

-LAS MODAS	2
-LAS GANGAS	4
-LOS TRUCOS	6
-LAS TRAMPAS	8
-IDEAL E IDEALES	9
-EL COMPROMISO IDEAL	13

LAS MODAS

A finales del siglo pasado hubo entre los católicos un “movimiento” general en favor de lo que se llamaban LAS OBRAS.

Ante el avance del materialismo en todas sus formas, se pensó que la mejor manera de atajarlo eran las “obras”, centradas en tres aspectos principales: las “obras de enseñanza”, las “obras asistenciales”, y las “obras recreativas”.

A nadie se le puede ocurrir el pensar siquiera que aquello no estuvo (ni está) bien. Todo lo que se haga en este sentido será siempre muy meritorio, y cuantas más “obras”, mejor.

Lo que a mi entender no fue (ni es) correcto es el suponer que tales “obras” eran lo principal en el cristianismo; que eran algo así como el Reino de Dios y Su Justicia, de tal manera que bastaba con promover “obras” y más “obras” para que todo lo demás viniera por añadidura.

Como todas las MODAS, aquella moda de las “obras” ha pasado (como tal moda) y actualmente se siguen promoviendo “obras” (gracias a Dios), pero sin desorbitarlas y sin pretender que tengan mayor proyección de la que les corresponde. Con sus excepciones, como es natural.

Las MODAS, como cosa genuinamente humana, no han dejado de aparecer dentro de la Iglesia, en forma de devociones, de métodos, de “espiritualidades”, de “formas de vida”,

etc. etc.; y aquí tampoco seré yo quien se atreva a criticarlo, ya que no hay duda alguna de que han hecho mucho bien a determinadas personas, y siempre han dejado un rastro positivo en la marcha triunfal de la Iglesia.

De lo que sí estoy seguro es de que aquí también los panegiristas han exagerado.

Sé perfectamente que yo carezco de toda autoridad para dictaminar sobre esto (ni sobre nada). Doctores tiene la Iglesia... Pero también sé que todos (y yo entre ellos) podemos y debemos opinar sobre los temas opinables, hasta que exista una “sentencia” más o menos categórica del Magisterio de la Iglesia.

Utilizando este derecho (y este deber) me he atrevido a escribir las páginas que van a continuación.

Como los anteriores Cuadernos, éste pretende presentar unos puntos de vista para que los destinatarios de los mismos los confronten con los suyos propios, y así, entre todos, podamos ir viendo cada vez más claro en nuestra marcha hacia la Luz, que es Cristo.

En los Cuadernos aparecidos, y en los que el Señor permita que vayan saliendo, me he sometido a una idea central, que podría expresarse así:

EL CRISTIANISMO NO ES UNA COSA MÁS EN LA VIDA DEL CRISTIANO, ALGO ASÍ COMO “LAS SOBRAS” DE LO QUE LAS OTRAS COSAS PERMITEN; SINO QUE ES LO ÚNICO NECESARIO, DE TAL MANERA QUE TODO LO DEMÁS TOMA SU DIMENSIÓN EN FUNCIÓN DEL VIVIR CRISTIANO.

Ésta ha sido, y sigue siendo, mi intención, aunque dudo mucho que lo haya conseguido. De todas maneras, he querido consignarlo, no solamente para una mejor comprensión de estas NOTAS, sino también para que el que las lea sienta lástima de mí cuando vea que no doy en el clavo, y acuda en mi auxilio con las luces que del Señor haya recibido. Ésta es la que quiero llamar: LÍNEA COPIN, COPeración INtegral.

Todo lo que sirva para incrementar en nosotros el Amor Trinitario será lo que fortalezca esta LÍNEA COPIN, y la debilitará lo que lo amengüe.

Lo que voy a exponer en páginas sucesivas no es sólo lo que yo pienso sobre el COMPROMISO TEMPORAL. Seguramente no me habría decidido a hacerlo. Decir lo que se piensa es sanísimo en el diálogo entre cristianos, y ahí está el Cuaderno VI en el que explano algo esta idea.

Pero creo que al escribir es indispensable un mínimo de referencia a lo vital. Con ser

muy importante, no basta lo mental.

Antes de entrar en faena, quiero indicar algo que tiene un carácter muy personal, por lo que pido excusas al que lee.

Quiero recordar que en mis cuatro años de estancia en París (1929-33) adquirí una visión del mundo más amplia y universal de la que tenía, junto con múltiples afectos que aun guardo en mi corazón, y ninguna "charranada", y esto ya es algo. Pero hay otra cosa infinitamente superior en mi recuerdo, y es que en París tuvo lugar mi conversión. Mi caso fue lo contrario de otros muchos: salí de España incrédulo y escéptico, habiendo apostatado de la fe de mis mayores, y volví de Francia con Cristo.

Ruego de nuevo que se me excuse por estas líneas excesivamente personales que acabo de escribir. Pero me ha parecido que eran necesarias para que se me crea si digo que siento para Francia (en general) un gran cariño y una inmensa gratitud, no solamente por sentimentalismo sino por unas vivencias decisivas.

Tengo que reconocer también que los católicos franceses, en general, constituyen uno de los grupos más dinámicos y sólidos dentro de la Iglesia Universal. Creo que esto no lo puede negar nadie, con todas las exageraciones que se quiera, tanto a la derecha como a la izquierda.

Se comprende que los católicos de otros países aquejados de "quietismo" hayan recibido la influencia de este dinamismo, tanto los de la derecha como los de la izquierda.

Aquí (como en tantos otros casos) el peligro estriba en adoptar actitudes radicales, propias del infantilismo de las historias de "buenos y malos". Tan falsa es la posición de los que aceptan cualquier cosa, si es francesa, como la de aquellos que rechazan cualquier cosa, si es francesa. Estoy seguro de que en ambos casos existe una preponderancia total de lo inconsciente sobre la razón. Tales posturas permiten mantenerse dentro de la perezosa línea del mínimo esfuerzo, ya que no es menester discurrir; el asunto ha quedado resuelto de una vez para todas.

San Pablo indica que conviene percatarse de todo, para quedarnos con lo que contenga de bueno. Esta norma no ha dejado de ser válida para los cristianos, y lo seguirá siendo hasta el fin del mundo. En todo caso, mi deseo es no salirme de esta regla.

En términos generales, me parece que los "creyentes" adoptamos preferentemente una de las tres actitudes siguientes:

1ª.- Todo marcha bien. El caso es conservarlo todo tal como está. ¡Nada de novedades!

2ª.- Todo marcha mal. Hay que renovarlo todo.

3ª.- Que podría ser la síntesis de las otras dos: Seguros de que es únicamente el Espíritu Santo quien vivifica la Iglesia, mantener una fidelidad insobornable a este Espíritu, dando una importancia secundaria a la "letra".

Creo que la tercera actitud es la más correcta, y todo mi esfuerzo se encamina a no salirme de ella. Insisto en que una cosa es mi deseo, y otra es que lo realice; pero ahí queda consignado.

Volviendo a referirme a la proyección de lo francés entre los católicos del resto del mundo, he de expresar mi gratitud y mi respeto hacia ellos por el simple hecho de moverse y de hacer algo. Admitiendo su buena fe (que nadie puede negar a priori sin faltar a lo más elemental de la Caridad de Cristo), tanto sus aciertos como sus no-aciertos son elementos positivos en la marcha de la Iglesia; los primeros, para perseverar en ellos y seguir avanzando, y los segundos como escollos conocidos que se evitarán en la marcha. Téngase en cuenta que los grandes avances de la Teología han sido provocados precisamente por las herejías. Por ello expresaba mi gratitud y mi respeto, que no puedo hacer extensivo a los que no hacen nada (ya que no creo que sea hacer algo el criticar a los que hacen, sin intentar superarlos), ni a los que copian (sin más) a los que hacen algo.

Vienen a mi memoria unas palabras de Mons. Cardijn que en 1949 me decía (en Comillas): "No copien la JOC, ya que los obreros españoles no son idénticos a los belgas; adaptenla, por favor, adaptenla. Comprendo que estas palabras del gran apóstol de los obreros no hayan tenido demasiado éxito en ninguna parte (excepto, quizá, en Francia), ya que es mucho más cómodo el copiar que el adaptar.

Hay un aspecto en el que París ocupa un lugar único en el mundo, y es como ciudad creadora de modas. No solamente en el arte de embellecerse las mujeres, sino en las demás formas del arte, de las letras, y (hasta no hace mucho) de las ciencias. No tengo ningún reparo en reconocer el gran papel que tales modas han representado en la marcha progresiva de la humanidad, que mantiene lo que cada una de ellas tiene de válido, y deja en el olvido lo que fue flor de un día. Así en algunos aspectos, la humanidad progresa y avanza.

¿Puede mantenerse el mismo criterio cuando se trata de las modas cristianas, tanto si vienen de París como de otra parte? Yo creo honradamente que no.

Obsérvese bien que no digo que haya que rechazar a rajatabla las modas cristianas: lo que digo es que no se puede mantener el mismo criterio ni adoptar la misma actitud que con las modas mundanas.

Las páginas que siguen tienen precisamente por objeto manifestar mi manera de considerar las modas religiosas en su doble aspecto: positivo y negativo; fijándome principalmente en la última moda.

LAS GANGAS

La frase aprovechar la ganga es lo bastante corriente y conocida de todos, para que haga falta extenderse en explicaciones. Todos sabemos de lo que se trata.

Quizá no sea exagerado afirmar que el fondo común de las tres famosas concupiscencias consista precisamente en una tendencia innata más profunda que todos llevamos de aprovechar las gangas.

La idea de "ganga" me parece que es inseparable de la idea de "valor". No es ninguna ganga (ordinariamente) poderse llevar a casa todas las piedras que uno quiera, procedentes de la montaña más próxima. Pero sí lo es el conseguir por 0,10 ptas. kilo aquellas mismas piedras transformadas en cemento.

Hay "ganga", por lo tanto, siempre que se consigue algo que vale, con menos esfuerzo del que normalmente se precisa para conseguirlo. Hay "mala pata" en el caso contrario; y hay "justicia" cuando el esfuerzo corresponde al resultado obtenido.

Creo que podría ser interesante un estudio de este "complejo de ganga" (lo digo así para utilizar una palabra que está de moda) que todos llevamos dentro. Hay casos de "ganga" y de "mala pata" con lo que uno se encuentra al nacer, sin haber puesto nada de su parte, como el venir al mundo con buena o mala salud; el nacer en un palacio o en una chabola; el ser recibido como ciudadano por nacimiento en un país próspero o en otro con hambre endémica, etc. La lista sería interminable.

Después se podrían considerar las "gangas" que se buscan y las que se ofrecen. Los hombres con suerte son los que encuentran "gangas" por todas partes, como si tuvieran un sentido especial que los conduce a ellas; otros, en cambio, no aciertan una; estos suelen ser víctimas de los que ofrecen gangas al primero que pasa.

Ya se comprende que no puede pensarse en una sociedad humana estable fundamentada en la "ganga" como base de las relaciones sociales; ni siquiera puede pensarse en un CÓDIGO DE LA GANGA (o de la MALA PATA; es igual).

Las leyes justas (y todas se pretende que lo sean, desde algún punto de vista) han de referirse a la Justicia con mayúscula, que exige que haya equivalencia entre lo que se da y lo que se recibe.

Por poco que uno se fije en ello, se pecará enseguida de que una Justicia así nunca puede ser matemáticamente exacta, sino aproximada. Buscando la Justicia siempre aparece la "ganga" y la "mala pata"; y a todo lo más que se puede llegar es a evitar que la "ganga" y la "mala pata" no se salgan de unos límites decorosos (si es que puede emplearse esta palabra).

No sigo por este camino (muy interesante, a mi entender) por no encajar con el tema de este Cuaderno más que como referencia.

Y la referencia que quiero extraer de lo que he indicado tan someramente es ésta:

La ACTITUD VITAL de los humanos ante cualquier situación toma, de manera espontánea, tres formas diferentes:

1ª- De ADHESIÓN, si "aquello" aparece netamente como una "ganga".

2ª- De REFLEXIÓN INDECISA, si se presenta como algo justo, sin más.

3ª- De REPULSIÓN Y A LA DEFENSIVA si se presiente que en aquello hay "mala pata".

Me doy cuenta de que todo esto es archisabido, y no pretendo haber descubierto nada nuevo. Quizá por tan sabido se habla poco de esto. He querido indicarlo solamente para dar mayor coherencia a lo que voy a añadir a continuación.

Lo indicado anteriormente es válido (me parece) para toda clase de personas, sea la que sea su categoría social, cultural, racial, etc. Al menos como primer movimiento.

Estas perspectivas puramente "naturales" sufren un cambio radical cuando en la actitud vital del hombre interviene el elemento sobrenatural. Vamos a fijarnos un poco en esto.

Cuando el Bautismo se ha aceptado conscientemente, aparece como la mayor "ganga" que el hombre pudo nunca imaginar al mismo tiempo que como el negocio de la máxima "mala pata" en que uno se podría meter. Intentaré explicarme:

OBJETIVAMENTE el Bautismo produce el milagro (el mayor de todos los milagros imaginables) de dar vida divina con todo lo que esto significa, a una criatura humana creada, que hoy es y pudo no ser, corrompida en su origen, sin merecimiento alguno por su parte..., ¿no da ésto vértigo? ¿Podría pensarse jamás en una "ganga" así?

SUBJETIVAMENTE. Para que la maravilla objetiva del Bautismo sea una realidad viva es preciso que por su parte el bautizado se niegue a sí mismo, tome su cruz, y siga a N. S. Jesucristo. Ésta es la única condición que impuso Quién podía imponerla, sin que ofreciera rebajas ni “chalaneos”; se toma, o se deja. Sin arreglos ni medias tintas. ¿Nos damos cuenta de lo que significa REALMENTE el negarse a sí mismo? ¿No conspira constantemente TODA mi naturaleza propia a afirmarme a mí mismo? Si yo mismo niego mi YO, ¿quién lo afirmará? ¿Qué queda de mí? ¿Puede imaginarse (humanamente) un “negocio” más desastroso?

Ésta es la situación vital del bautizado consciente. No se trata de unos conceptos y unas ideas que hay que aprenderlas de memoria para saberlas exponer correctamente cuando haga falta, sino de una realidad grandiosa que no se puede eludir ni un solo momento. En cuanto mi YO se afirma en lo que sea y como sea, ya he traicionado mi compromiso sacramental, contraído ante la Santísima Trinidad y toda la Iglesia Militante y Triunfante, y quedo en una situación más infeliz que la de todos los no-bautizados. ¿Qué puedo arrepentirme de mi traición y recobrar la situación post bautismal? ¡Ya lo sé! Pero ello es por un exceso de la misericordia de Dios, que no hace más que aumentar la abyección de mi infidelidad a la palabra dada y el compromiso libremente aceptado.

Para ESTAR en el cristianismo de Cristo hay que tomárselo así. Cualquier otra forma ya no es la de Cristo.

Ordinariamente me parece que tomamos el Bautismo como una “ganga”, pero no en el sentido que acabo de indicar, sino en el otro. Voy a ver si puedo explicarme.

Por lo que he podido observar en mí mismo y a mi alrededor, el Bautismo es ocasión para una fiestecita familiar muy agradable, en la que nadie se compromete a nada serio; y mediante unos gestos y unas palabras “mágicas”, si el niño se muere irá al Cielo (¡vaya “ganga”!), y si vive le bastará con confesarse antes de morir para gozar de la gloria por toda la eternidad. ¡Una pura “ganga”!

Con que el bautizado no mate, ni robe, ni cometa adulterio... asista a Misa los días festivos, reciba de vez en cuando los Sacramentos de Confesión y Comunión, pague las cuotas de alguna asociación piadosa... es lo suficiente para que pueda presentarse públicamente como cristiano ejemplar.

Al contrario de lo que ocurre con las “gangas” naturales, cada vez es mayor el número de bautizados que no hace ningún caso de esta “ganga” sobrenatural de poder ir al Cielo casi gratis, y se desentienden de ella, buscando afanosamente otras “gangas” más positivas.

No son pocos los que han debido creer que la presentación que se hace del cristianismo aparece todavía como poca “ganga” y por esto no arrastra grandes masas. Y así se van discurriendo nuevas “formas” en las que el Cielo es presentado como mas “ganga”, aunque no puede menos de reconocerse que los resultados no son demasiados brillantes.

El problema es arduo. Porque resulta que todos los hombres vamos de cabeza tras toda clase de “ganga”, menos tras la “ganga” del Cielo. ¿Qué pasa aquí? Porque indudablemente algo falla...

Éste no es un fenómeno reciente, sino que lleva siglos de existencia. Lo que pasa es que las circunstancias históricas recientes lo han hecho más patente. Mientras el materialismo no se había institucionalizado (por decirlo así) en los países de tradición o institución cristianas, todo iba bien. O, al menos, así lo parecía. Primero se institucionalizó el materialismo neutro (léase: capitalismo liberal) y algunos espíritus lúcidos dieron la voz de alarma, aunque la grandísima mayoría siguieron sesteando, con la convicción de que bastaba con bautizar (!) el capitalismo para que todo siguiera igual, o mejor, que antes. ¡Cómo si el materialismo pudiera ser “sujeto” de Sacramento de los sacramentos!

Ha hecho falta que apareciera el materialismo ateo institucionalizado para que un gran número (no todos, ni mucho menos) se percataran de la gravedad de la situación. Y así llevamos unos cuarenta años, poco mas o menos.

Los esfuerzos para neutralizar primero, y contrarrestar después esta avalancha de materialismo, han sido numerosísimos dentro de la Iglesia, muchos de ellos acompañados de heroísmos y sacrificios extraordinarios, que a algunos les ha llevado a los altares, y que a todos les ha valido (seguramente) una magnífica recompensa en la otra vida, pero cuyos resultados en la tierra no han correspondido a las esperanzas que suscitaron.

Uno de los aspectos que han merecido una atención especial es el que se suele designar como APOSTOLADO DE LOS SEGLARES.

Aunque no haya entrado todavía en el Derecho Canónico, tanto por las ordenaciones de los últimos Papas como por las de los Obispos, todo ello es más que suficiente para que estemos seguros de que no se trata de algo esporádico, debido a la inspiración y al entusiasmo de alguno, o algunos, sino de algo que afecta a toda la Iglesia. Este aspecto no debe perderse nunca de vista si no se quiere desenfocar la cuestión.

¿En qué consiste, fundamentalmente, el Apostolado DE LOS Seglares? En la participación que se nos da en algunos aspectos del Apostolado de la Jerarquía. Ya se comprende que ello no puede referirse a lo que se designa como Jurisdicción ni como Orden, sino principalmente a la difusión del Mensaje evangélico, para que éste pueda llegar a todas partes, supliendo la escasez de penetración sacerdotal, que se deja sentir más cada día.

Quien considere objetivamente lo que significa esta PROMOCIÓN DE LOS LAICOS, no puede dejar de percatarse de que representa una elevación y una exaltación de su personalidad a una categoría que nunca se pudo sospechar. Y teniendo en cuenta lo que se nos exige como contrapartida (una cuota ínfima, unas escasas reuniones, unos actos piadosos en común...) no puede negarse de que se trata de una verdadera “ganga”.

Pero he aquí que esta "ganga" tampoco ha encontrado (en términos generales) grandes entusiasmados entre los bautizados.

LOS TRUCOS

Descubrir algún truco (de lo que sea) es un puro placer intelectual para el hombre.

Me atrevo a decir que, en su raíz, es el único placer intelectual del hombre.

Y llevo mi atrevimiento hasta el afirmar mi convicción de que el "fabricar" trucos ha sido y es el gran placer de la mente infinita del Dios Creador. E incluso del Dios Redentor.

¿Qué es la desviación del agua de un arroyo sino un truco para llevarla al propio molino y hacerle moler el grano, mediante otro truco?

¿Qué es un sistema filosófico sino una serie de trucos dispuestos de manera tal que lleven la fuerza mental del "otro" al molino del autor?

¿Qué es sino un truco del creador el disponer que dos sustancias de las más corrosivas, como son el ácido clorhídrico y la sosa, se junten para dar origen a algo tan inocuo y excelente como la sal común? ¿O bien que las flores y los frutos necesiten del estiércol?

¿Y el truco (divino truco) de fundamentar la GRAN VICTORIA REDENTORA a base de que los débiles dominen a los fuertes?

¿Y qué son las ciencias (las matemáticas y las otras) sino una serie de trucos maravillosamente enlazados, que permiten al hombre dominar la "cantidad", la materia, la energía, el espacio y (en cierta manera) el tiempo? Y si el hombre ha sido capaz de ir descubriendo estos trucos, no cabe duda de que quien verdaderamente los inventó fue el Creador.

Lo que ocurre es que en el lenguaje corriente la palabra truco se suele emplear casi exclusivamente para indicar la "trampa" en los juegos de manos. Para las cosas serias se emplea la palabra método, pero en el fondo se trata de lo mismo.

En todas las profesiones hay unos métodos que son los que se aprenden en las respectivas Escuelas Profesionales, y que podríamos denominar los grandes trucos. Pero junto a estos existen los trucos del oficio, que no suelen estar escritos en los libros, sino que pasan de maestro a aprendiz en unos casos, o que los descubre el propio ingenio en otros. De lo que no cabe duda es de que en una misma profesión, el que más trucos conoce es el más calificado.

Para que un truco se pueda calificar como "bueno", tiene que llevar asociada consigo la idea de ganga. Hace siglos que se conoce un truco para extraer agua potable del mar, que

es el alambique; pero sale carísima. Este truco no vale.

No creo exagerar si digo que la grandísima parte del tiempo que estamos solos con nosotros mismos, nuestra mente se aplica a buscar trucos que nos permitan ganar más o trabajar menos, o en convencer a Fulano, o en difundir las propias ideas, o en hacer fracasar a "los malos", etc. etc., tampoco es privativo de ningún grupo humano determinado, sino que estoy seguro de que es una constante histórica desde que el hombre se arrastra sobre la corteza terrestre. Lo que, en todo caso, puede diferenciar unas civilizaciones de otras, no es que unas hayan buscado trucos y otras no, sino a la clase de trucos que se dedicaron preferentemente.

Actualmente se ha extendido el uso de la palabra eficacia para expresar precisamente la cantidad de ganga que contiene un truco, y para comparar cuantitativamente unos trucos con otros.

Claro está que los trucos no se refieren solamente al aspecto que podríamos llamar técnico, como el ordeñado mecánico de las vacas, o la hibridación de las semillas, o los aspectos de la vida individual y colectiva. Y no hay duda de que quien inventa un truco tiene muchas ventajas mientras éste no es descubierto y lo usan todos. Por ejemplo: hasta hace pocos años la diplomacia entre los Estados funcionaba a base de "finura" y de sonrisas, con el designio de engañarse mutuamente lo más posible, y el resultado era que nunca lo conseguían, ya que todos estaban seguros de que los demás mentían, lo mismo que ellos. Hay que reconocer el éxito enorme de la diplomacia soviética al encararse con todo el mundo y decir exactamente lo que pensaban, y con malos modos. Los engañaron a todos. Uno de los aspectos recientes más interesantes en el terreno de los trucos no hay duda que es el de los métodos publicitarios, en el que se conjugan todas las técnicas del Hombre, principalmente la psicología del inconsciente.

No tengo ninguna duda de que no tardará mucho en aparecer otra técnica que trate de descubrir y de manejar los trucos necesarios para escapar a los trucos. Todo se andará.

¿Cual es la actitud del hombre corriente frente a los trucos?

Depende, en primer lugar, de qué clase de trucos se trate. En los trucos técnicos juega un principal papel la vocación profesional. Un labrador de tierras adentro permanece muy indiferente ante los trucos de los pescadores, y viceversa. Como un espeleólogo y un catador de vinos; etc. etc. Esto es clarísimo.

No quiero extenderme en más consideraciones, que podrían ser interesantes en otro lugar, y voy al grano. Y el grano, en nuestro caso, son los trucos para la difusión y extensión de las ideologías.

No creo tener contraopinantes si digo que a cualquiera que se le exponga una

ideología que coincida con sus ideas personales, en seguida le dará su adhesión. Esto puede explicar en gran parte muchos éxitos de la difusión del comunismo. Un truco puede consistir en explorar previamente la mente del "otro" para insistir en los puntos de coincidencia y silenciar los demás. Otro truco puede consistir en sacar partido de los puntos débiles del "otro": su egoísmo, su resentimiento, su pereza, su afán de dinero, o de poder, o de placer... presentándole la ideología que se le ofrece como un medio para conseguir sus fines. Ya sé que esto es de una inmoralidad absoluta, pero aquí no se trata más que de una exhibición de trucos.

Los que se tienen por personas de buena fe, rechazan los trucos (en términos generales) para propagar su ideología, y centran todos sus esfuerzos en convencer al "otro" a base de razonamientos. Este método del no-truco suele ser largo, penoso, agotador... y de resultados menos que mediocres si no concurren circunstancias extraordinarias, en cuyo caso éstas serían el truco.

Hasta aquí he venido haciendo una exploración general, y no creo haberme apartado de la realidad; al menos tal como yo he podido captarla.

Voy a fijarme unos momentos en las relaciones de hombre a hombre y de los trucos que las presiden. En primer lugar están los que podemos llamar trucos consagrados, y que se resumen en lo que se denomina buena educación, que es una especie de diplomacia individual. Todos conocemos los trucos y todos los usamos, y ello nos introduce en una especie de zona de tranquilidad.

Lo que ya no nos deja tranquilos, ni mucho menos, son los trucos particulares... si los llegamos a sospechar. Si un patrón trata con deferencia a un obrero, le llama por su nombre de pila, le pone la mano sobre la espalda, le hace subir con él en su coche... sin truco, es seguro que se producirá una corriente afectiva del obrero hacia el patrono, con todas las consecuencias normales en el terreno laboral. Pero si el obrero se da cuenta de que el patrono ha seguido un Cursillo de "Relaciones Humanas" y que con todo ello lo que se busca es hacerle sudar un poco más por el mismo precio, no es difícil suponer cuales serán las consecuencias.

Esto me lleva a considerar lo que llamaré (para entendernos) trucos de la mano izquierda, que son los que usan las personas de las que se dice que tienen mucha mano izquierda, porque saben modificar sus palabras y sus gestos para dar "coba" al "otro", y metérselo en el bolsillo. Este juego es peligroso, y falla con frecuencia; lo cual es muy natural que ocurra así, porque el "cobista" parte de la base (generalmente falsa) de que el "otro" es tonto.

A todos nos gustaría (sin perversidad alguna) que las personas con las que nos relacionamos se pusieran en nuestra órbita (como se dice ahora). Estamos seguros de que esto sería un gran bien para ellos, más que para nosotros. La dificultad estriba en que cada uno de ellos piensa lo mismo. Júntese a esto, el que yo me creo justificado al emplear trucos, porque lo hago con buena intención; pero no admito que los "otros" me vengan con trucos de

ninguna clase.

Repito que esto es lo que yo veo en cuanto a los trucos, y reconozco que seguramente otros lo ven de diferente manera.

¿Qué pasa con los trucos en el terreno religioso? Yo tengo la convicción arraigadísima de que toda la ascética consiste (en el fondo) en aceptar los trucos divinos y desentenderse de los trucos humanos.

El peligro está en la confusión. En pensar que los buenos trucos humanos son también buenos trucos divinos. Este querer naturalizar lo sobrenatural es para mí una fuente de continuos fracasos, y no creo que a los demás no les ocurra lo mismo.

Se trata de dos órdenes diferentes, y lo que es sabiduría en el orden natural es locura en el sobrenatural, y viceversa.

Los trucos sobrenaturales divinos son de este estilo:

- Para ocupar el primer lugar, el truco es agarrarse al último.
- El truco para toda victoria es aceptar la humillación y la muerte... mansamente.
- Para dominar el truco es servir y amar, y no de cualquier manera, sino cómo Cristo.
- Para llegar a tener una gran personalidad (divina nada menos) el truco es negarse a sí mismo.

- Para la "propaganda" apostólica no hay más que un truco válido: Amaos los unos a los otros como Yo os he amado, para que el mundo conozca que Yo soy el enviado. Por esto los trucos propagandísticos que en el orden natural no fallan nunca, son inútiles (si no contra-productivos) cuando en el apostolado los empleamos los que no nos amamos como Cristo.

- En los trucos verdaderamente cristianos siempre han de andar por medio las Bienaventuranzas; si no, no valen.

- Para decirlo de una vez: No hay más que un solo truco cristiano, inmenso, inenarrable, total, absoluto, indefectible... que es el AMOR TRINITARIO, que en este mundo tridimensional se manifiesta en el Espíritu de Pobreza que todo lo comparte (imagen y semejanza del Padre); Espíritu de Humildad que todo lo acepta (imagen y semejanza del Hijo); y Espíritu de Sacrificio que a todo renuncia, hasta negarse a sí mismo (imagen y semejanza del Espíritu Santo). Éste es el único truco sobrenatural, que no lo podía inventar ningún hombre, pero que nos lo ha dado el Señor con el tesoro de su Sangre redentora y la efusión de su Gracia.

Buscamos trucos inéditos y nos ilusionamos con ellos (¡ilusos!) mientras dejamos de lado el TRUCO ETERNO.

LAS TRAMPAS

Excepto con los sapos, las hormigas, y algunos otros animales que no nos aprovechan para nada, el dominio del hombre sobre el reino animal no puede basarse en una lucha a base de fuerza o agilidad, sino en la inteligencia. La verdad es que este capítulo de la historia de la humanidad ha progresado y progresa constantemente; y si por una parte hay que reconocer que este progreso es útil y necesario, hay que constatar también que este progreso se hace a base de la parte menos noble de la inteligencia humana, que es aquella capaz de urdir mentiras y engaños. El dominio del hombre sobre los animales desemboca en tres formas diferentes:

1ª.- La matanza pura y simple de los que son dañinos o molestos.

2ª.- La captura y muerte de los que son utilizables como alimento, por su piel, grasa, etc.

3ª.- La domesticación.

Sin detenerme en consideraciones sobre este aspecto tan vital para la humanidad (y para los animales), me basta indicar que para el primer objetivo el hombre utiliza cuantas armas mortíferas es capaz de inventar, desde el sílex hasta el DDT y otros venenos. Para el segundo objetivo, ya no se usan venenos, aunque sí armas mortíferas; pero el principal medio de captura son las trampas, tanto para los animales de pelo y pluma como para los que viven en el agua.

Para los animales domesticados no se usan venenos ni armas, sino únicamente las trampas, aunque éstas son de otro estilo. Todas, sin embargo, se basan en el mismo principio: "ofrecerles" algo que satisfaga sus necesidades (comida, cobijo, acoplamiento...).

De entre los animales capturados con algún "cebo" unos encuentran rápidamente la muerte, si lo que el hombre busca en ellos son sus despojos, y otros no; estos son los llamados domesticados, porque en ellos no se trata de aprovechar sus despojos, sino de utilizar sus servicios, tales como la fuerza, la vigilancia, el canto... o sus sub-productos: la leche, los huevos, la seda, las crías...

Creo honradamente que en todo lo que acabo de describir no hay inmoralidad alguna, en principio; pues estoy convencido de que entra dentro de los designios de la Proviencia creadora, aunque los vegetarianos defiendan otros puntos de vista.

Se me antoja que podría incluirse un paralelo "trampero" en la relación que se nos ha transmitido del Paraíso Terrenal, expresándolo así:

El Creador dio potestad e inteligencia al hombre para que usara trampas con todos los animales de la Creación, menos uno, diciéndole:

- La trampa de que eches mano contra los animales que he creado para que los domines, te ayudarán a vivir; pero la maldición caerá sobre ti y tu descendencia cada vez que uses trampas contra tu hermano, el hombre.

No he visto nunca este anatema consignado así en ninguna parte, pero lo veo cumplido al pie de la letra en lo que conozco de la historia, y en lo que ocurre actualmente en mí y en el mundo que me rodea. Evidentemente que la relación de causa a efecto no es inmediata, como lo es la quemadura en quien coge con la mano un hierro candente, sino que siempre viene más o menos diferida.

Pero, ¿qué son las maldiciones con que fulmina el Señor a los hipócritas sino un formal anatema, escalofriante manifestación del asco del Creador por los tramposos? Hasta el punto de posponerlos a las prostitutas y a los ladrones (si estos y aquellas no son tramposos, claro está).

No es mi intento desarrollar aquí este interesante tema, que engloba un conjunto de hechos humanos de extensión inmensa, tanto en el orden individual como en el colectivo, desde la Guerra Fría hasta la seducción de la niña tonta del 3ºB por el zorro del 2ºA.

Dejo de lado las trampas "caínas" para eliminar a otros seres humanos. Ni quiero tampoco fijarme en las múltiples trampas al uso para domesticarlos. Tampoco diré nada de las infinitas que sirven para chuparles la substancia y conseguir que los signos monetarios que están en el bolsillo del prójimo (y le son como la sangre y el corazón) pasen al bolsillo del tramposo.

Únicamente citaré de paso un aspecto de las trampas de las que se usa y abusa para cazar adeptos a las distintas ideologías que se llevan en este planeta. Algunos, como los comunistas, pregonan que el fin justifica los medios con un descaro que hay que agradecerles. Otros (casi todos) no lo dicen, pero así lo hacen. No quiero fijarme aquí en la moralidad de todo ello, sino señalar solamente que la cosa va así.

¿Qué papel juegan las trampas en el cristianismo?

No me refiero, ni por asomo, a las múltiples trampas piadosas (entre las que figuran las "mentiras piadosas") que tantas personas que hay que suponer de buena fe, han empleado, emplean, y (seguramente) emplearán. Nada me importan los llamados cristianismos de Pablo o de Cefas, ni el cristianismo de los de Corinto, o de los de Éfeso; lo que aquí me interesa

es el cristianismo de Cristo.

No hay más que mirar para ver que el cristianismo de Cristo es la anti-trampa por excelencia. Casi me atrevería a compararlo al pescador de caña del cuento, que no ponía cebo en el anzuelo porque le repugnaba engañar a los peces, añadiendo: - El que quiera picar, que pique; y el que no, que no pique.

Si definiéramos la trampa como un dispositivo que ofrece satisfacciones a plazo corto, pero que esconde tribulaciones a plazo largo, veríamos que N.S. Jesucristo procede exactamente al revés. Empieza (en el orden interno) por exigir la negación de sí mismo, que es lo más contrario a la naturaleza y a las apetencias humanas, que conspiran siempre a la exaltación del YO; al mismo tiempo que promete a sus seguidores que serán incomprendidos, calumniados, perseguidos, maltratados... ¡Vaya "cebo"!

Por mi propia experiencia y por lo que he podido observar, tengo firmemente arraigada la convicción de que el cristianismo no es lo conocido, lo apreciado y lo difundido que quisiéramos, cabalmente porque los "propagandistas" no lo propagandizamos a la manera de Cristo en nuestras palabras y en nuestra propia vida, ya que dándonoslas de muy astutos, ponemos un "cebo" que no es el de Cristo, alegando que así las cosas irán mejor. Como los resultados están demasiado a la vista... me parece que cuantas más explicaciones se busquen a nuestro poco-éxito a base de la maldad de los malos, tanto peor.

Quizá alguno pregunte: - ¿Qué queda entonces de la recomendación que nos hace el Señor de ser astutos como las serpientes?

Yo creo que esta recomendación no puede separarse de la de ser cándidos como palomas. Y como por una parte no se pueden aplicar ambas normas a un mismo objeto, por ser contradictorias, y como por otra parte lo sobrenatural es contradictorio de lo natural, supongo que lo que el Señor quiere de los suyos es que sean cándidos para con los demás, y astutos para consigo mismos para no caer en los lazos de la tentación y del pecado. Que es exactamente lo contrario de lo que los hombres hacemos si nos dejamos llevar de la propia naturaleza caída.

Y termino estas leves NOTAS sobre las trampas refiriéndome a unas trampas que si no son las más abominables (no lo sé), sí estoy seguro de que son las más imbéciles. Me refiero a las trampas que yo mismo "organizo" para engañarme a mí mismo.

Engañar a los otros es siempre reprobable, y puede llegar desde el crimen a la broma inocente. Pero engañarse a sí mismo... ¿puede, acaso, imaginarse mayor estupidez?

Quizá alguien se sorprenda al leer esto que acabo de escribir, y diga que esto no lo hace nadie.

Permítame que en esto disienta, y le diga que cada vez que creo que actúo en cristiano, y en "aquello" no meto algo de las Bienaventuranzas, me ha engañado a mí mismo. Y luego me extraño de que mi "apostolado" no rebose de los Frutos del Espíritu Santo...

¿Soy, o no soy, un majadero?

IDEAL E IDEALES

Desde que la humanidad existe, la mente del hombre ha fabricado ideales para todos los gustos, llegando hasta el ideal de no tener ningún ideal (escépticos), o a convertir en IDEALES unos cigarrillos.

Pero siempre han sido ideales subjetivos, por muy numerosos que hayan sido sus adeptos, y por muy concretos que se hayan presentado.

EL IDEAL OBJETIVO, el único verdadero ideal, lo trajo del Cielo a la tierra N.S. Jesucristo. Y no hay otro.

Con las palabras anteriores no he querido expresar que los ideales sean inútiles, ni (mucho menos) contraproducentes. Lo único que he querido destacar es la infinita distancia que va de los ideales al Ideal. Voy a insistir sobre esto.

En el aspecto individual, los ideales son lo que permite al individuo emerger de la masa humana inconsistente y amorfa (municipal y espesa, cómo diría aquél). Esto es así, sean cuales sean los ideales, tanto los criminales (matar, robar...) como los inocuos (pescar con caña, coleccionar sellos...), hasta los sublimes de amor a la patria, a la ciencia, a la música... En el orden colectivo, los ideales han dado lugar a las distintas civilizaciones que han ido jalando el progreso de la humanidad.

Precisamente porque cualquier ideal es siempre algo que se quiere alcanzar, pero que todavía no se tiene, todo esfuerzo hacia cualquier ideal representa un avance. Y no solamente es esto cierto para los ideales que podemos llamar constructivos, sino incluso para los destructivos, ya que las ruinas que estos dejan tras sí, también sirven para enseñar a los hombres los caminos por los que no conviene transitar.

El "fallo" de los ideales limitados (y por humanos todos lo son) está en que justamente cuando se han alcanzado, se terminó el ideal. El que puso su ideal en casarse con una doncella rica, el día mismo de su boda con Filomena acaba su ideal y empieza el drama. Los sedentarios suelen tener como ideal el correr mundo, y mientras esto queda en ideal, todos los viajes imaginados, o presentados en el cine y en los folletos turísticos, son algo maravilloso. Pero si alguna vez pueden realizarlo, entonces, además de esfumarse el ideal, se descubre el

gran valor de la tranquilidad y de los buenos alimentos. El hambriento crónico aspira a comer tres veces cada día, y si lo consigue, buscará otro ideal insaciable de querer más dinero y más poder del que se tiene si no se “planta” (o le “plantan”) a tiempo.

Para cada individuo existen una serie de ideales escalonados, que los va dando la edad, a medida que ésta va avanzando. Son, necesariamente, ideales efímeros. Por ejemplo: el ideal de tener pelo en la cara los jovencitos de catorce años.

Cada edad toma como ideal lo de la edad siguiente hasta llegar a la edad adulta en que aparece una estabilización. En los viejos se invierte esta línea, y ya no se pone el ideal en lo que viene, sino en lo que fue (idealizado, claro está).

Aquí existe un fenómeno que me parece interesante destacar. Y para entendernos mejor, llamaré IDEALES SANCHO a aquellos ideales que aspiran ante todo a lo mío; y llamaré IDEALES QUIJOTE a aquellos que tienen por objetivo el arreglar el mundo.

Los ideales Sancho tienen su raíz en el egoísmo innato en el hombre, y están siempre presentes y activos, aunque vengan más o menos disfrazados. Los ideales Quijote aparecen y desaparecen entre los quince y los veinticinco años (normalmente), y no entre los cincuenta y los sesenta, como el héroe de Cervantes, que aprovechó el anacronismo para acentuar el ridículo del Caballero de la Triste Figura.

A los quince años (más o menos) el horizonte vital empieza a ensancharse, y el “neófito” va dándose cuenta progresivamente de que hay cosas que no marchan bien, y que fácilmente podrían arreglarse. Desgraciadamente, esto no ocurre con todos los jovencitos, ni mucho menos. Pero es en esta edad cuando algunos dan predominio a Quijote sobre Sancho.

Normalmente este estado psicológico se alimenta, además de la propia fantasía, con una abundantísima literatura (Coyote, Superman, Tintín...) y con superabundantísimas películas de dos tipos: las de buenos y malos, en las que los buenos son siempre jóvenes en lucha con “viejos zorros”, y que siempre ganan los buenos; y las películas de amor, en las que el galán-joven, después de muchas peripecias con “la sociedad” y con los viejos cretinos, acaba casándose con la primera actriz. Esto puede explicar, en gran parte, el magnífico negocio que los “viejos zorros” hacen con tal literatura y tales películas.

En la gran mayoría de los jóvenes de quince a veinticinco años los ideales Quijote se mantienen en puro estado platónico, que no va más allá de sus sueños e imaginaciones, y en el placer que experimentan “viviendo” las hazañas de sus héroes mientras leen las novelas, o miran la pantalla. Esto dura hasta que se casan, en cuyo momento termina la comedia y empieza el drama. Los ideales Quijote se evaporan como por ensalmo.

En lo que acabo de escribir no he hecho más que recordar aquella etapa de mi vida, y no creo que fuera un caso insólito; por esto me he permitido exponerlo como un caso

general. Si el que lee estas líneas cree que estoy equivocado, sepa que en esto (y en lo otro) estoy siempre dispuesto a rectificar si se me demuestra mi error. Vamos adelante.

En bastantes casos estos jóvenes (de quince a veinticinco años), precisamente porque van saliendo de la tutela familiar y van entrando en la vida social, se agrupan en Asociaciones de Jóvenes, que ojalá fueran más numerosas.

Hay asociaciones juveniles para todos los gustos, unas con vida más floreciente y otras, menos. Me parece que me equivoco si digo que su empuje y su vitalidad están en proporción con la dosis de ideales Quijote que las animan.

Voy ahora a indicar algo, con todas las reservas, ya que imagino que son muchos los que no piensan como yo, tocante al particular, y es lo siguiente:

Estimo como un defecto de las Asociaciones Juveniles de que tengo noticia, el que son poco juveniles. Quiero decir que ni han sido fundadas por jóvenes ni son dirigidas por jóvenes, por mucho que esto último quiera camuflarse. No tengo por qué extenderme más en cesto. Pero sí quiero afirmar mi simpatía por la pandilla. ¡Esta sí que es una verdadera agrupación de jóvenes! La amistad, la solidaridad, la cooperación y ayuda mutuas, la comprensión, la lealtad, el sacrificio... florecen espontáneamente, ¡y de qué manera! Cuántos recuerdos vienen a mi mente al escribir estas líneas...

Si me dicen que la pandilla puede derivar al gamberrismo les diré que tienen toda la razón, y esto se ve todos los días; pero añado mi convicción de que el gamberrismo es un derivativo biológico de aquellos que no han podido nunca formar pandillas. Los ex-jóvenes con canas que manejan a su antojo las agrupaciones juveniles, so pretexto de formarlos, torpedean las pandillas todo cuanto pueden. Esta presión anti-pandilla es mucho más eficaz ejercida sobre los jóvenes de las clases acomodadas que entre los de las clases populares, y como: prueba de ello pido al lector que se fije en la clase social a que pertenecen los gamberros de que tiene noticia. La pandilla, gracias a Dios, todavía es vital entre los trabajadores jóvenes (y entre los adultos, con otros nombres); y opino que el sentido de solidaridad, que se suele presentar como una “nota” de la clase obrera, tiene en gran parte su origen en la pandilla.

Ruego se me excuse por esta digresión, que no creo desprovista de interés.

Como resumen, quiero decir que lo natural en los jóvenes (de quince a veinticinco años) es un predominio de los ideales Quijote, y una tendencia innata a formar pandillas, en las que, de alguna manera, puedan actualizar aquellos ideales.

Esto dura hasta el momento en que el joven piensa seriamente de la pandilla o de la agrupación juvenil a que pertenece. Esto se suele expresar diciendo que ahora ya tiene que pensar en cosas serias; pero yo lo digo así: - Tiene que ir dejando de lado los ideales Quijote

para ingresar en la “cofradía” de los ideales Sancho.

Este relevo de ideales aparece más o menos pronto y dura un tiempo más o menos largo (con todas las excepciones que se pudiera), pero cuando nace el primer hijo, la “tortilla” ya ha dado la vuelta.

Así, los adultos son sensibles y “pican” cuando el cebo es algún ideal Sancho, mientras permanecen refractarios y no hay manera de convencerles cuando se les presenta algún ideal Quijote. Estoy hablando en términos muy amplios, que afortunadamente ofrecen numerosas excepciones. Pero, en general, ¿es así, o no es así?

A la altura en que nos encontramos de la Historia, parece difícil inventar nuevos ideales. Lo que si puede elaborarse son “refritos”, más o menos bien aderezados.

Quiero decir que la parte personal que uno puede poner en los ideales que profesa, no es su mayor o menor inventiva, sino su mayor o menor entusiasmo. Por ello creo que el más idealista no es el que profesa más ideales o mayores ideales, sino el que está más entusiasmado con los ideales que profesa, tanto si son ideales Quijote como ideales Sancho.

Aquí afirmo mi convicción decidida de que lo más contagioso de un ideal es el grado de entusiasmo que por él sienten los que lo propagan.

Lo opuesto al entusiasmo es el “comodismo”. Por ello es fácil percatarse del grado de entusiasmo que uno siente por sus ideales viendo las incomodidades que es capaz de soportar por “servicio”. Los grandes discursos y los grandes gestos pueden ser hijos del entusiasmo en algunas ocasiones, pero todos tenemos suficiente experiencia de que en esto hay mucha “comedia”. En cambio, cuando vemos que alguien se sacrifica por sus ideas, no es menester que nos den muchas explicaciones para convencernos de que está convencido.

El actual progreso técnico, que nos ofrece tantas comodidades, quizá tenga algo que ver con el escaso entusiasmo que hoy se siente (en general) por todo aquello que representa alguna incomodidad, y pueda apartarnos del ideal universal de pasarlo lo mejor posible.

Hasta aquí he venido refiriéndome a los ideales humanos, que por grandes y elevados que sean no pueden dejar de ser nunca ideales de menor cuantía. Voy ahora a fijarme rápidamente en el Ideal Divino.

Ante todo: -¿Qué es el Ideal Divino?

La respuesta es sencillísima:

- El Ideal divino es el mismo Dios Trino y Uno.

Así; tal como suena. Nadie hubiera podido imaginar ni nadie hubiera podido creer tal cosa, si solamente se tratara de una teoría. Pero ahí está la experiencia ininterrumpida durante cerca de dos mil años. Las Trinidad encarnó (en su Segunda Persona) en un hombre para que los hombres pudiéramos “encarnar” en la Trinidad por Jesucristo Nuestro Señor.

Estoy convencido de que el que lee estas líneas conoce tanto o más que yo los “puntos” centrales del cristianismo, para que haga falta repetirlos aquí. En lo único que quiero fijarme es en el carácter ABSOLUTO de este Ideal.

Claro está que una cosa es el Ideal tal como nos lo dio el Señor (y es el IDEAL ABSOLUTO) y otra cosa es el ideal que yo (y cada uno) sea capaz de captar primero, de aceptar después, y de vivir finalmente.

Ya sé que cuando hacemos el Acto de Fe (que sería mucho mejor llamar: palabras de Fe) afirmamos aceptar sin reservas todo cuanto nos propone nuestra Santa Madre la Iglesia; pero, de hecho, cada uno lo vivimos a nuestra manera.

Me parece que las diversas maneras de vivir el Gran Ideal se pueden juntar en tres grandes grupos:

1º- Como un ideal Sancho, aunque referido al más allá. Lo principal es mi salvación, enfocar bien mi negocio religioso, vigilar atentamente el pecado mortal, no meterse en nada, pasarlo lo mejor que se pueda dentro de evitar el pecado mortal. Porque lo único que importa es salvar la propia alma.

2º.- Como un ideal Quijote, encaminado a salvar almas y a combatir el mal. Unos lo enfocan de una manera y otros de otra.

3º.- Los que no quieren “partes”, sino que lo quieren TODO, como Sor Teresa del Niño Jesús. Para estos el Ideal no consiste en un HACER, sino en un SER. El hacer es impreciso e imprevisible, y las circunstancias (la Providencia) lo modifican en cada momento. El hacer tiene indudablemente una grandísima importancia, pero no por el hacer en sí mismo, sino por la participación que Cristo tiene en aquel hacer a través “del que hace”. El Señor nos concede el grandísimo honor de no quererse llegar Él a los hombre más que a través de otros hombres (ordinariamente). Para estos, que forman el tercer grupo, y son los BAUTIZADOS CONSCIENTES,

el Ideal es ser Cristo veinticuatro horas cada día. El salvar su alma y las otras almas ya no es el objetivo sino la añadidura que el Señor da a los que buscan antes que nada el Reino de Dios y Su Justicia.

Cierto que los cristianos, junto con el Ideal, tenemos unos Sacramentos, una Jerarquía, una Moral, unos preceptos, una Teología y una Filosofía... todo ello de un valor inestimable, y que no puede dejarse de lado sin caer en el herejía o en el cisma. Pero no es menos cierto que todo ello, Incluso los Sacramentos, no se ordenan a ello mismo como un fin sino que todo, todo, todo se ordena a que el Gran Ideal del cristiano, que es SER CRISTO, pueda iniciarse en esta vida mortal con el Bautismo, y perfeccionarse siendo fiel a la Gracia bautismal y a los compromisos contraídos, para que (por un puro milagro) el Ideal sea una esplendorosa realidad en el Cielo. Así se va construyendo el Reino de Dios y Su Justicia.

Este Ideal inmenso, que es SER CRISTO, no es algo grande que se va añadiendo a la propia personalidad para magnificarla y engrandecerla, como el ideal de ser un gran músico o campeón deportivo, o ministro... en cuyos casos el ideal se añade al YO, que sigue siendo lo principal siempre. Nada de esto. El Ideal Cristiano no se añade al YO, sino que se construye a expensas del YO: posponiendo mi YO al YO infinito del Hombre-Dios, lo cual no cuesta demasiado en teoría, y el YO del "otro", porque el "otro" es Cristo para mí... lo cual ya es otro cantar.

Al que diga que este Ideal es excesivamente difícil, hay que añadirle que no solamente es difícil, sino que es imposible para el hombre, pero no para el Señor. De ahí la importancia fundamental de la Gracia, los Sacramentos, la Oración, la Liturgia, la Moral... y todo los demás. San Pablo nos dirá que con nuestras propias fuerzas ni siquiera podemos pronunciar de manera válida el nombre de Jesús.

Ya se comprende que un ideal así no puede ser para niños, ni para los que todavía no han cuajado su personalidad. Ya que ¿cómo podrá negarse a sí mismo aquel cuyo YO está todavía en trance de elaboración? Ciertamente pueden (y deben) recibir los Sacramentos, beneficiarse de la Liturgia y de la Oración, seguir la Moral, aprender la Doctrina, y muchas cosas más, que son de grandísima utilidad para prepararse a la negación de sí mismos; pero ya se ve que es excesivo pretender que se niegue aquello que, por razón de la edad, se va afirmando día tras día.

Cuando la personalidad se ha estabilizado suficientemente, es cuando ha llegado el momento de plantearse de manera seria EL IDEAL. Cuando uno está de vuelta de los ideales Quijote de los años juveniles. Entonces (como Agustín de Tebaste, a los 33 años) es cuando puede formularse la famosa pregunta: ¿Quién es Dios, y quién soy yo?

Ya sé que veneramos Santos en los altares que en los años tempranos escalaron alturas

asombrosas del IDEAL, pero también sé que esto es la excepción que confirma la regla.

Quiero fijarme en un aspecto que estimo de la mayor importancia, y que podríamos designar con la expresión: El Ideal Amañado. Porque cuando uno ha descubierto EL IDEAL (que no es otro que el mismo Dios Trino y Uno) puede tomar dos actitudes:

1º. Correcta. Consiste en emprender la marcha hacia EL IDEAL, a sabiendas de que nunca se alcanzará en este mundo.

2º. Incorrecta. "Rebajar" EL IDEAL a la medida de las propias posibilidades, estabilizándolo, instalándose en la zona de la buena conciencia: yo no mato, ni robo, cumplo con lo que está mandado; ¡Ah, si todos fueran como yo...!

Yo diría que los primeros son los que se sitúan de lleno en el Nuevo Testamento, sabiendo que únicamente es Bueno el Señor, y que TODOS los hombres somos carne de pecado, pero que por nuestro injerto en Cristo podemos amenguar más y más en nuestra miseria para entrar más y más en el gozo de Nuestro Señor. Contraste permanente y fecundo entre la grandeza del Ideal y mis constantes traiciones al don del Señor. Confianza en Él, y desconfianza en mí. Visión cada vez más clara de mis lacras, para no apoyarme en ellas, y visión cada vez más clara de la excelcitud del IDEAL para centrar en él toda mi Fe, toda mi Esperanza y todo mi Amor.

Y me parece que los segundos no hemos salido todavía del Antiguo Testamento, donde se clasifica a los hombres en buenos (los cumplidores de La Ley) y malos (los que no son de "los nuestros"); en sabios y necios; en justos e injustos... A lo que está mandado en la Ley de Moisés, añadimos todavía más cosas, tales como el pagar el diezmo de la menta y el comino, y nos creemos perfectos, pensando que acumulamos méritos. Ya sabemos lo que Nuestro Señor pensaba referente a estos, pero nos tranquilizamos pensando que seguramente exageraba...

Creo que los de la primera actitud son los que ven cada vez más alta la grandeza del IDEAL y cada vez más baja su propia indignidad, con lo que la Humildad cada vez está mejor cimentada y el Amor más motivado. Por una dé estas divinas paradojas, resulta que cuanto más lejos se siente uno del IDEAL más cerca está.

Los de la segunda actitud ponemos el ideal (mezquino ideal) a nuestro nivel, y... ¡ya está! Descansa, alma mía... Rebajar el Ideal equivale a querer rebajar al Señor, lo cual no puede representar nunca una alabanza, sino una blasfemia. Es ponerse en el polo opuesto a la Santísima Virgen, que empieza su Cántico Espiritual diciendo:

-Mi alma M A G N I F I C A al Señor...

A veces (con frecuencia) rebajamos el IDEAL poniendo como pretexto la Caridad Fraternal, lo cual ya es un refinamiento de la hipocresía.

Ello ocurre cada vez que sale a colación la repetida frase de que: No hay que escandalizar a los débiles; entendiéndose por débiles a los que andamos a duras penas con la Ley de Moisés y algunos preceptos positivos de la Iglesia, tales como oír Misa las fiestas y comulgar una vez al año.

Estos débiles, al estilo de los buenos judíos de hace dos mil años, nos escandalizamos cada vez que surge ante nuestros ojos Cristo en la figura de un bautizado consciente de su Bautismo, y le echamos en cara los mismos apóstrofes que entonces provocaron la condena del Señor: -¿Por quién se tiene, éste? -Es un perturbador, un alborotador. -No hace caso de los sabios y prudentes. -Hace peligrar el "modus vivendi" de la Sinagoga con el Imperio. -Es un blasfemo. -Perturba el orden público...

Yo, en nombre de mi miseria, me atrevo a pedir a los bautizados conscientes que me escandalicen cada vez más con su santidad, que imiten también en esto al Señor, que nos escandalizó hasta el paroxismo a los de la Sinagoga. Que viviendo el Único Mandamiento nos escandalicen a los débiles, que necesitamos los mandamientos no solo por decenas, sino por millares, y quisiéramos un mandamiento para cada lugar y para cada situación. Que me escandalicen viviendo la libertad santa de los hijos de Dios.

Porque a fuerza de no querer escandalizar a los débiles con la santidad de los fuertes, parece que en la Iglesia no estamos ya más que los débiles, con la Ley de Moisés a cuestas, y haciendo muchas cosas bonitas que tienen muy poco que ver con el Mensaje redentor de Nuestro Señor Jesucristo.

¡Por favor!

¡Escandalícennos a los débiles de una vez!

EL COMPROMISO IDEAL

Antes de fijarme en el concepto, que es lo principal, quisiera referirme unos momentos a las palabras que lo expresan.

He de empezar diciendo que lamento que por esta vez no se haya seguido la línea tradicional de emplear un neologismo al introducir un concepto que nos viene de fuera. Como se hizo con el concepto y la palabra Encuesta, que si se hubiera querido expresar en

castellano castizo debería llamarse Inquisición.

Esto se hace en todos los idiomas, y así se van enriqueciendo. Cuando en España aparece algo notable y destacado, como los "Pronunciamentos" por ejemplo, los demás idiomas adoptan este mismo vocablo para designar cualquier insurrección de generales. Y cuidado que esta palabreja no les es fácil de pronunciar, ni mucho menos...

El que quiera que le sirvan un cóctel, nunca pedirá una cola de gallo, que es su traducción literal. Las palabras exóticas es natural que se empleen para aquello exótico que pasa a formar parte de "lo nuestro", como el fútbol.

Pero es que en nuestro caso la traducción tampoco es exacta, pues entre el engagement francés y el compromiso español hay notables diferencias de matiz, que no se pueden dejar de lado.

Por todo lo cual soy partidario del empleo de la palabra ENGAJAMIENTO, que es llena, sonora, eufónica, y expresa exactamente lo que quiere expresar; así como sus derivados engajar, engajado, engajador, desengajamiento; engajacionismo, etc. Ya sé que un voto sólo no cuenta; pero no quiero dejar de consignarlo aquí.

Tampoco ha sido acertado el empleo de la palabra temporal; primero por ser ambigua, y después por dársele un significado que conocen los eruditos, pero que no es de uso corriente.

La primera idea que sugiere esta palabra es la de mal tiempo prolongado, que ya se ve enseguida que no "casa" con compromiso. También se usa para designar un lapso de tiempo limitado, que si bien puede encajar con compromiso, tampoco es éste el sentido que aquí se le quiere dar.

Aquí, temporal quiere significar en el tiempo y no en la eternidad, de la misma manera que se habla de bienes temporales y bienes eternos, o de la vida temporal y de la vida eterna, etc.; pero repito que este sentido es más propio de eruditos que de personas corrientes, que es a quienes se destina. Estos lo entenderían perfectamente si se les dijera: compromiso en los asuntos de este mundo. Y para mi gusto, la forma más correcta sería: ENGAJAMIENTO MUNDANO. Pero no puedo hacer otra cosa que lamentarlo. Y lo lamento.

Vamos a fijarnos, no ya en las palabras, sino en el concepto.

En primer lugar, el compromiso temporal es algo que todo ser humano vivo lleva consigo desde el momento de nacer hasta que da el último suspiro. Nadie puede sustraerse a estar comprometido en lo temporal. Los mismos cartujos tienen que comer todos los días, aunque sea poco. ¡Y cuántas vicisitudes pasaron en lo temporal muchos conventos españoles de la más rígida clausura en 1936!

Esto ya nos indica que el compromiso temporal no es algo que, de hecho, se pueda tomar o dejar. Lo que sí se puede es tomarlo en serio, o desentenderse de él. Dicho de otra manera: Todos estamos comprometidos en todo lo temporal, y éste es el aspecto objetivo de la cuestión; subjetivamente podemos esforzarnos en intervenir, o podemos inhibirnos.

Cualquier asalariado, por el hecho de serlo, está metido y compro-metido de lleno en la cuestión social, cuyas vicisitudes, en pro y en contra, le afectan constantemente. Lo que está en su mano es ser elemento activo, o limitarse a ser elemento pasivo, con el pretexto de no querer líos, o de que lo arreglen los demás.

Cualquier ciudadano de cualquier país, por el hecho de serlo, está comprometido totalmente en la política que se sigue en su país, que le afecta veinticuatro horas cada día. Aquí también lo que está en su mano no es tanto el estar comprometido, como el ser elemento activo o elemento pasivo.

Lo que ocurre es que los que tienen autoridad (de cualquier clase que sea) desearían que los que les están sometidos tuvieran como cualidad fundamental la de ser obedientes a la voz de mando, y entonces todo marcharía como una seda. En esta dirección aplican la fuerza que su poder y su autoridad les confieren. Esta concepción sería correcta si el Creador hubiera puesto en el mundo dos especies de hombres bien destacadas: unos para mandar y otros para obedecer a la voz de mando. Pero, la realidad no es ésta.

Lo cierto es que son innumerables los hombres que han sido doblegados por estas presiones que nunca han dejado de ejercerse sobre ellos, que se iniciaron con los padres y continuaron a todo lo largo de la vida; dando como resultado este tipo de hombre que no quiere meterse en nada, que lo arreglen los que mandan, el caso es que en el pesebre no falte el pienso. Y si es creyente, a todo esto le añade el deseo de alcanzar una buena muerte. Y ya está.

Durante muchos años (siglos) este tipo humano se ha considerado (se considera) por mucha "gente de Iglesia" como el prototipo del buen ciudadano y buen cristiano, dócil a la voz de mando. Y parecía que tenían razón, si los que mandaban eran de los que ellos clasificaban como los buenos (esto es: de los "suyos").

Pero como la evolución histórica ha ido instalando a los malos en los puestos de mando, en número que va aumentando progresivamente, resulta que ahora aquello de no meterse en nada ya no vale; ahora hay que meterse en todo.

Si el asunto fuera de recitar más o menos oraciones al cabo del día, ya se comprende que no ofrecería muchas dificultades; pero se trata nada menos que de un cambio de mentalidad, y cuando ésta se ha ido elaborando y sedimentando durante siglos, no es tarea fácil el hacer "marcha atrás".

Esta situación es la que justifica los esfuerzos que se hacen con vistas al compromiso temporal de los católicos.

Claro está que no puede afirmarse que los bautizados no nos metemos en nada. En países como España, donde prácticamente todos los ciudadanos hemos recibido el Bautismo cristiano, los bautizados nos metemos en todo, incluso en las agrupaciones más contrarias a la Iglesia y al orden establecido.

No solamente los que han apostatado prácticamente de su Bautismo se meten en todo, sino también la grandísima parte de los que cumplen con lo que está mandado, sobre todo en lo tocante al precepto dominical y pascual. No puede negarse que estos tienen muchos y sólidos compromisos temporales en la pequeña, mediana y alta finanza; en la pequeña, mediana y alta política; en pequeños, medianos y altos negocios sociales. Lo que pasa, ¡ay! es que estos tales están convencidos de que una cosa es la religión y otra el negocio, o la política, o... el "cuento". Y resulta que cuanto mayores son los compromisos temporales de estos cristianos de misa y olla tanto peor.

¿A quienes se dirigen, pues, las exhortaciones, los discursos, los razonamientos, los folletos, los libros... que ahora tanto se prodigan recomendando como una panacea el compromiso temporal?

Creo que no me equivoco si contesto a esta pregunta diciendo que se dirigen a los militantes de la A.C. en general, y a los de la Especialización Obrera en particular. No hay más que saber dónde y cómo ha aparecido este "movimiento" para estar seguro de ello.

Me parece que la cuestión se va centrando.

Si tenemos en cuenta el sentido de eternidad propio de la Iglesia, es muy normal que en ella los cambios (en lo mudable) se produzcan muy lentamente.

Así, la A.C. tal como hoy se entiende, es una novedad en la Iglesia, que, a pesar de llevar unas décadas de existencia, puede decirse que está en sus balbucesos. Y más todavía la Acción Católica Obrera, por ser más reciente.

Al principio (y en este principio seguimos todavía) lo esencial es reclutar socios y "formarse", a fin de estar correctamente en esta nueva situación creada dentro de la Iglesia para los laicos.

La recluta de socios adultos en la A.C. se ha presentado muy dificultosa; sus filas se han nutrido principalmente de:

1º. Los adultos que ya pertenecían a organizaciones piadosas, y no han ofrecido reparos en pertenecer a otra más.

2º. Los socios de las Ramas juveniles, que por contraer matrimonio, o por la edad, ya no podían continuar en aquellas.

La recluta de jóvenes y de adolescentes ha ofrecido menor dificultad, pues bastó con orientar hacia la A.C. a los muchachos que salían de los colegios religiosos, y que antes engrosaban otras organizaciones juveniles de la Iglesia que nunca han faltado.

El resultado, en términos generales, es el que todos podemos ver por poco que miremos: unas Ramas de jóvenes que difieren muy poco de otras Asociaciones Juveniles aprobadas y bendecidas por la Iglesia, y unas Ramas Adultas que difieren muy poco de otras Asociaciones piadosas aprobadas y bendecidas por la Iglesia.

Ante esto cabe preguntarse: -¿Era esta A.C. la que estaba en la mente de Pio XI cuando con tanta decisión la promulgó y la impulsó?

Han sido muchos (yo he conocido bastantes dentro del ámbito en que me ha tocado moverme) los que han estado seguros de que la A.C. necesitaba otro "estilo" para estar en la línea preconizada por los Papas.

No es exagerado afirmar que no ha existido Asamblea ni asamblea de A.C. en la que, de manera directa o indirecta, no se haya tocado este aspecto fundamental. En todas ellas se ha creído encontrar "la solución", que, después de muchas discusiones y enmiendas, se ha consignado en las resoluciones (o "conclusiones") de cada Asamblea. Cada vez parecía que se había dado en el clavo, pero pasado algún tiempo se veía que las cosas seguían por el estilo. Estoy hablando en términos muy generales y acepto, por descontado, todas las excepciones, que ya sé que no faltan.

Sería altamente aleccionador tener ante la vista toda la serie de "soluciones" acordadas en las Asambleas, entre vítores, aplausos y cánticos vibrantes. Mi impresión personal es que todo se ha estudiado, todo se ha resuelto y todo se ha previsto. Una gran dificultad que se experimenta al final de cualquier Asamblea de A.C. es la de encontrar tema interesante para la siguiente, ya que todo se ha debatido y todo se ha resuelto.

Una vez constatado esto por una parte, aparece como un absurdo el constatar por otra parte que la A.C. no marcha como debería marchar. ¿Qué pasa?

El hermoso lema de la A.C. es: PIEDAD, ESTUDIO Y ACCIÓN. ¿Quién podrá negar su acierto?

Pero no basta una Piedad, un Estudio y una Acción cualesquiera, aunque sean perfectamente ortodoxas. Es indispensable el ENTUSIASMO.

Si el entusiasmo en nuestra Piedad nos llevara a realizar cada vez mejor en nosotros

la imagen y semejanza con Dios Espíritu Santo en su "fusión" con el Padre y con el Hijo; si nuestro Estudio entusiasta nos condujera a encarnar a Dios Hijo en nosotros para comprender a los "otros" y ser uno con ellos; si el entusiasmo en la Acción nos llevara a perfeccionar nuestra imagen y semejanza con Dios Padre, creador del Cielo y de la tierra... ¿no irían de otra manera las "cosas" de la A.C.?

Quiero aquí copiar literalmente unos párrafos, de los muchos que el Abbé G. Michonneau dedica a este aspecto fundamental del ENTUSIASMO en su luminoso libro recientemente publicado en español con el título: NO HAY VIDA CRISTIANA SIN COMUNIDAD. Dice así:

"He aquí por qué no puede haber auténtica vida de comunidad sin entusiasmo. Yo creo que el entusiasmo es su condición indispensable. No es posible suscitar una comunidad si no se suscita en la colectividad cierto fervor. Es de este entusiasmo que ella se alimenta y que ella vive. Vamos a detenernos un poco para hablar de esto.

"Digamos, antes que nada, que no hay que confundir el entusiasmo con la explosión alborotada de alegría, ni tampoco con la exaltación pasional, o mística. Hay entusiasmos fríos, entusiasmos contenidos, sin manifestaciones externas, sin gritos, sin lirismo. Las falsificaciones del entusiasmo han hecho mucho daño a este factor esencial de la vida y de la acción cristianas. Casi uno no se atreve a hablar de ello por miedo a pasar por un iluminado.

"Sin embargo, notemos que, etimológicamente, entusiasmo significa Dios consigo. El impulso del Espíritu Santo que une los corazones, los caldea, los empuja a la acción, les da su fuerza y su gozo. Sin entusiasmo no puede concebirse nada que sea grande, que sea heroico. Juan y Andrés descubren al Mesías a través de su entusiasmo. Y es por su entusiasmo que las multitudes le rodean y le escuchan. Es con entusiasmo que el Señor marcha hacia la Cruz. Y sigue siendo el entusiasmo lo que empuja a los Apóstoles a través del mundo, y hace exclamar a Pedro y a Juan: -No podemos dejar de hablar... Y es en testimonio de este entusiasmo que el autor de los "Hechos de los Apóstoles" dice de los primeros cristianos que tenían un solo corazón y una sola alma.

"Ello no significa que el entusiasmo cristiano se cierre a toda manifestación externa, a toda explosión de alegría. La presencia de los "Aleluya" es una prueba del entusiasmo constante en el seno de la Iglesia. Y es que, en realidad, la liturgia no es otra cosa que la expresión del entusiasmo de la comunidad: es Dios vibrando a través de los millones de seres humanos que componen la Iglesia.

"No confundamos el entusiasmo con su sucedáneo, explotado por muchos conductores de masas: odio de clases, exaltación de la raza, etc. Existen imitaciones que pueden crear estados colectivos capaces de inducir en error.

"El entusiasmo, lejos de ser el producto de una excitación sensiblera o enfermiza, no es otra cosa que la acción de la Palabra de Dios trabajando en las almas y viviendo en ellas su

vida de Amor.

“El sacerdote, como dispensador de la Palabra de Dios, ha de ser obligatoriamente un sembrador de entusiasmo. Por consiguiente, el primer resultado de su predicación, cualquiera que sea el tema y la forma, será de elevar a sus oyentes, de impulsarles a mirarse unos a otros, a comprenderse y a unirse. La Palabra dada de esta manera no puede dejar de suscitar la comunidad.

“Me parece, pues, que la preocupación esencial del pastor (con razón se dice de él que es un congregador de comunidades) debe ser la de suscitar el entusiasmo de aquellos que tiene misión de guiar, y mantenerlo.

“El entusiasmo, como toda cosa viva, puede nacer, crecer y morir. Si muere, es el alma misma de la comunidad que corre el riesgo de extinguirse; y esto no es ninguna cosa quimérica.”

No puedo seguir copiando aquí todo lo mucho y bueno que sobre el entusiasmo se dice en el libro indicado. Basta lo expuesto para que el lector se de cuenta de su “tono” y deseo que le entren ganas de leerlo y meditarlo; es uno de los poquísimos libros importantes que se han publicado en estos últimos tiempos. Le aseguro que le proyectará una luz vivísima sobre muchos caminos que ahora nos parecen oscuros.

Estoy personalmente convencido de que se ha dado poca importancia (si se ha dado alguna) a este factor esencial de la A.C.

Con todas las salvedades que hagan falta me atrevo a decir que han prevalecido los criterios del Antiguo Testamento sobre los del Nuevo. En la Antigua Ley todo estaba perfectamente reglamentado y ordenado; el buen israelita no tenía más que hacer lo que estaba mandado y evitar lo que estaba prohibido. Con el Dios-Uno no se podía ir más allá.

El Nuevo Testamento nos trajo, no solamente la revelación del Dios-Trino, sino su misma Vida. Ahora ya no se trata, ante todo, de cumplir reglamentos sino de vivir entre nosotros la Vida Trinitaria, cuya raíz más profunda el AMOR (que de Tres hace Uno) y que por su propia naturaleza escapa a todo reglamento. No hace falta mucha sabiduría para darse cuenta de la diferencia enorme que ha de haber entre estos dos entusiasmos:

1º El entusiasmo por el deber cumplido, al acatar minuciosamente los reglamentos y todo lo que está mandado, pensando que así nos ganamos una buena muerte.

2º El entusiasmo despertado al constatar que vivimos la Vida de la Trinidad Beatísima, incoando el Cielo en la tierra. Entusiasmo por el Bautismo, que nos hizo pasar de muerte a Vida, y por la Gracia que hace que, en nosotros, Cristo esté presente en el mundo hasta la consumación de los siglos.

Comprendo que de la misma manera que la manifestación colectiva de Dios empezó por el pueblo de Israel a base del temor (como menores de edad colectivos) para desembarcar en Cristo y con Cristo en la Ley del Amor, dada no ya a un pueblo determinado, sino a la multitud adulta de hombres libres que N.S. Jesucristo con su Sangre liberó para la libertad, según frase impresionante de San Pablo; así también, en el orden individual, mientras se está bajo la patria potestad, no pueden faltar las leyes de temor y los reglamentos, que cada vez irán siendo menos necesarios, a medida que se vaya entrando con plena responsabilidad adulta en el ámbito del Amor Trinitario. San Agustín resumirá admirablemente lo que acabo de indicar con su frase famosa: -Ama... y haz lo que quieras.

Incluso en el orden natural, no puede pensarse en ninguna forma de entusiasmo que no vaya acompañado de un amor por aquello que suscita el entusiasmo. No es temerario el afirmar rotundamente que amor y entusiasmo son inseparables, de tal manera que no pueden darse el uno sin el otro. Siendo de observar que el amor a sí mismo (que también se denomina amor propio y egoísmo) da lugar a un “entusiasmo” muy especial... muy sospecho.

Si esto ocurre en las formas del amor puramente natural, ¿qué ocurrirá con el entusiasmo cuando el que lo suscita es el Amor Trinitario? Ocurrirá, ni más ni menos lo que veinte siglos de experiencia nos muestran que ocurre con los Santos, y de lo cual estoy tan lejos.

Con estas reflexiones serias (que estimo que no se deben perder nunca de vista) creo que ya puede centrarse del todo el tema del compromiso temporal que ha dado lugar a estas notas. Y afirmar que:

El “compromiso temporal”, tal como se propugna, es algo muy excelente para que los “menores de edad en Cristo” (que no depende de la edad) nos vayamos “preparando” para tomar el COMPROMISO ETERNO como adultos en Cristo, al hacernos conscientes y responsables de los compromisos contraídos en el propio Bautismo.

El compromiso temporal nos obliga a un hacer, que era a lo que se obligaban los israelitas de la Antigua Ley, mientras que el COMPROMISO BAUTISMAL nos obliga a un ser: SER CRISTO ¡nada menos! Y en Él, con Él y por Él, entrar en la Vida Trinitaria.

El compromiso temporal (que es más que bueno, es excelente) se refiere siempre a una parte; el COMPROMISO BAUTISMAL, firmado y rubricado mediante el Sacramento de los Sacramentos, ante la Trinidad Augusta y toda la Iglesia Temporal y Eterna, se refiere a TODO. El bautizado consciente, como aquella moza del baile, no puede comprometerse a nada, porque ya tiene comprometidos todos los bailes con el mismo galán. Ésta es la etapa final de las muchachas honestas que van al baile: se empieza comprometiendo bailes con unos y

con otros, hasta tanto que llega el momento de comprometerse con uno solo para ir juntos al altar, donde se terminarán sus pequeños compromisos y empezará el gran compromiso; tan grande, tan grande que hará de los dos una sola carne.

Así como la minoría de edad "natural" termina normalmente cuando se ha contraído compromiso total con otra persona de sexo contrario y se empieza una vida nueva, caracterizada principalmente por un sentido de responsabilidad de que carecen no sólo los "menores" sino incluso los solteros de cualquier edad; también en el orden sobrenatural la mayoría de edad empieza cuando el bautizado acepta conscientemente y sin restricciones los compromisos que otros aceptaron provisionalmente en su nombre en el momento trascendental e inaudito de su Bautismo Sacramental.

El Sí matrimonial que se dan mutuamente los contrayentes tiene la virtualidad de dar a su vida "natural" un sentido radicalmente distinto del que tenía antes de pronunciar este monosílabo. El Sí sobrenatural que el bautizado da al Señor cuando es suficientemente responsable y consciente para hacerlo, marca su paso a la mayoría de edad en Cristo, lo cual representa un cambio en su vivir infinitamente superior al que va de antes a después de casarse, pues es de otro orden.

Por todas estas consideraciones, y otras muy coherentes con éstas que se podrían añadir, creo, como he dicho antes, que el compromiso temporal, tal como se propugna entre nosotros, es altamente útil, recomendable y loable, y los esfuerzos que se hablan para propagarlo siempre serán pocos. Lo veo de una utilidad grandísima para pasar de la minoría de edad en Cristo al estado adulto, que es cuando los compromisos temporales (siempre limitados) ceden el paso al Compromiso Bautismal, que es donde verdaderamente está la plenitud del IDEAL.



AUTOGESTIÓN

**REVISTA SOLIDARIA
CON LOS ÚLTIMOS
DE LA TIERRA**